

1.- PARÍS 1915 – 1932

En la “Historia de una Familia” –publicada por mí en 2007 para el uso exclusivo de mi familia – se encuentran muchos datos acerca de los 17 años de mi estadía en París, desde mi nacimiento, el 22 de septiembre de 1915, hasta nuestra llegada a Chile, el 8 de diciembre de 1932. No los voy a repetir aquí.

1.- En Francia, los estudios duraban 13 años: 6 años de enseñanza básica, numerados de 12 a 7; 6 años de enseñanza media, numerados de 6 a 1; y 1 año final, que podía ser o de “matemáticas” (Math Elem) o de “filosofía” (Philo).

Los seis primeros años los hice en la enseñanza particular. En octubre de 1919, -tenía 4 años- entré, junto con mis hermanas María Luisa y Paulette, al 12avo año (Enfantine) en el “Institut Normal Libre de La Madeleine”. Seguí la 11ava y la 10ª en una sección aparte, para niños hombres.

Los cursos 9º, 8º y 7º, los cursé en el Cours Hattemer-Biais, en que los alumnos íbamos, una vez por semana al Cours y ahí recibíamos, nosotros, y la mamá o institutriz que acompañaba a cada alumno, las instrucciones necesarias para trabajar durante la semana.

En octubre de 1925, -tenía 10 años- ingresé al “Lycée Janson de Sailly”, donde cursé el resto de mis estudios. El Liceo era fiscal, laico y gratuito. El 6º, 5º y 4º en el “Petit Lycée”, en un patio propio. Los 3º, 2º y 1º, en el “Grand Lycée”, en otro patio. Y finalmente “matemáticas” y “filosofía”- cursé ambos simultáneamente – en otro patio más, en que nos juntábamos con los alumnos que se estaban preparando para las Grandes Escuelas de Ingeniería (Math Spe).

Tengo el mejor recuerdo de mis profesores y de mis compañeros, de la calidad de los estudios, de la disciplina y del espíritu del Liceo. Era laico pero se respetaba la religión. Pertenecíamos a sectores sociales muy diversos: niños de familias modestas, exiliados rusos, niños venidos de las colonias francesas, hijos de hogares judíos y protestantes adinerados, – desde un príncipe anamita hasta el hijo de una cocinera de casa particular- pero éramos todos compañeros y no existían las diferencias sociales en el trato entre nosotros.

2.- Mi vida religiosa transcurrió principalmente en la Iglesia de Saint Philippe du Roule, que sin ser nuestra parroquia -era Saint Augustin - quedaba mas cerca de nuestra casa. Allí íbamos a Misa todos los domingos y también ahí seguimos el catecismo. Pero me preparé a la Primera Comunión en el Cours Hattemer Biaisi, desde donde nos llevaban a la Parroquia de Saint Louis d'Antin; allí, junto con los niños de la Parroquia, recibimos una preparación muy esmerada. Hice mi primera comunión el 14 de mayo de 1925, creo que con plena conciencia de a quien recibía.

En el Liceo, había un capellán, el Chanoine Paul Botinelli, quien daba una clase de religión a los alumnos católicos que lo deseaban. En mi último año del Liceo, me pidió –a mí y a otros- que diera unas clases particulares, en sus domicilios, a niños de cursos inferiores, atrasados en sus estudios y que no podían pagar un profesor extraordinario. También ayudaba las tardes de domingo, en el “Patronato” de la Parroquia de Saint Honoré d'Eylau.

3.- El estudio de los idiomas fue de esta manera: el “castellano” lo aprendimos en casa, de oído, sin abrir jamás una gramática o un diccionario. El “francés”, como todos los niños franceses, con buenas clases de gramática y de literatura en el liceo. El “inglés”, en el liceo, donde se enseñaba con mucha pedagogía; y en casa, en vacaciones, con

señoritas inglesas que pasaban las vacaciones de verano con nosotros “au pair”, sin recibir sueldo, pero veraneando gratis, y a cambio de hablarnos en inglés todo el día. Y finalmente yendo a pasar dos meses de verano en Inglaterra, los años 1930 y 1932. Puedo decir que, al llegar a Chile, podía desenvolverme bastante bien en inglés. El año que pasé en Estados Unidos como médico me permitió llegar a dominar el idioma.

El “latín”, lo estudié en el liceo durante seis años, de la 6^a a la 1^a. Era, junto con el francés, el ramo principal, al que le dedicábamos más horas de estudio.

El “alemán”, lo estudié en casa, junto con mis hermanos, durante dos años, con un profesor particular, alemán, que venía dos veces por semana. Fue una buena iniciación, que me permitió después, ya a los 50 años, retomar el idioma con cursos intensivos –en la Berlitz - y viajar varias veces a Alemania, predicando en iglesias, -parroquias, abadías y catedrales- para pedir ayuda para mi trabajo de obispo en Chile.

El “italiano” lo aprendí de oído sin abrir nunca un diccionario o una gramática, por haber permanecido en Italia más de un año, entre Concilio, Sínodos, Visitas ad limina etc.

4.- Debo agregar que en casa existía un ambiente de “cultura”. Mi padre, dedicó su estadía en Europa a la cultura. Se mantuvo al día en la literatura francesa contemporánea. Formó una biblioteca de verdadero bibliófilo. Su conversación diaria se mantenía siempre en ese nivel de cultura refinada y actual; y yo lo acompañé muchas veces en sus correrías en el Barrio Latino de París, en las librerías, casas editoriales y otros lugares en que él era conocido, en parte porque, durante varios años, adquiría libros para mandarlos a las distintas bibliotecas de Chile, por encargo del Gobierno.

5.- Por último, fueron importantes en ese período de mi vida, y también después, los viajes y las estadías en diversos lugares de Francia o de otros

países. Para las vacaciones cortas –los 15 días de Pascua de Resurrección- estuvimos en Saint Germain en Laye, en Versailles, en Fontainebleau, en Fleurines, en los Castillos del Loire...(Verneuil). Para las vacaciones largas -15 de julio al 1º de octubre- veraneamos en Cabourg, Dinard, La Baule, Royan, Biarritz, Juan les Pins, Aix les Bains, Evian, Gerardmer...,alrededor de Francia. Tuvimos unas estadías de varios meses en Alemania, en Austria y en Inglaterra. A más de ayudar a perfeccionar los idiomas, me sirvieron para ampliar horizontes, ser “francés” y también un poco “europeo”, ser “chileno” y también un poco “universal”.

2.- MEDICINA

1932 - 1942

Esta segunda etapa de mi vida empieza el 8 de diciembre de 1932, a los 17 años, cuando llegamos a Chile y termina el 14 de agosto de 1942, cuando entro al Seminario, a los 27 años.

1.- Domina este período la medicina. Estudié los primeros dos años - 1933 y 1934- en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica que estaba recién empezando pero gozaba ya de bastante prestigio. Después, cuatro años en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. (1935-1938)

2.- Al pasar al tercer año de medicina a la Universidad de Chile, me quedé como ayudante del Laboratorio de Fisiología de la Universidad Católica, donde trabajé, durante más de cuatro años (1935-1939), hasta mi partida a los Estados Unidos. Fuera de Héctor Croxatto, profesor admirado y querido, mi gran apoyo era Joaquín Luco, apasionado y vital; con ambos he seguido amigo hasta su muerte o hasta hoy. (Héctor Coxatto vive, con 104 años de edad). A partir de entonces, tuve una tensión en mi carrera médica entre “ser médico”, dedicado por entero a los enfermos, o “ser fisiólogo”, vale decir dedicado preferentemente a la investigación, al estudio y a la docencia. Esta duda me acompañó durante el año que estuve en Estados Unidos y la traía, no resuelta, cuando regresé a Chile.

3.- Durante esos años, participé activamente en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), donde conocí y fui amigo, entre otros, de Eduardo Frei, Manuel Antonio Garretón, Bernardo Leighton, Radomiro Tomic, Javier Lagarrigue, Ignacio Palma, William Thayer, Alejandro Silva Bascuñán, Francisco Bulnes y muchos otros que, mas tarde, ocuparon puestos importantes en el país. En 1937, estando en 5º año de Medicina en

la UCH, fui presidente de la ANEC por un año. Y me tocó organizar y presidir un Congreso Nacional de Universitarios Católicos. (1937)

Participé también durante varios años en la Liga Social de Chile, donde me encontraba con Julio Philippi, Jaime Eyzaguirre, Roque Esteban Scarpa, Alfredo Bowen, Clemente Pérez Pérez, Florentino Mateluna, Clarence Finlayson, los Dávila, los Izquierdo, los Cifuentes y muchos más.

Los sacerdotes que conocí y traté en aquellos años fueron don Carlos Casanueva, Francisco Vives y Manuel Larraín, en la UC; Oscar Larson y Jorge Gómez Ugarte, en la ANEC; Fernando Vives Solar en la Liga Social y, más que ellos, el Padre Alberto Hurtado. Tuvo alguna influencia sobre mí Gerardo Pérez, sencillo y humilde párroco de San Gerardo, a quien ayudé, construyendo en su Parroquia un “Policlínico”, que era atendido por mis compañeros de Medicina y por un grupo de amigas. Gerardo Pérez fue mi padrino de Primera Misa.

4.- Cuando ya había empezado mi Internado en Cirugía, partí a Estados Unidos, en mayo 1939, con una beca, para seguir mi internado en el Marine Hospital de Cleveland. Pero, estando allí, gracias al prestigio de Joaquín Luco en los medios universitarios norteamericanos, establecí un contacto con el profesor Wiggers, Jefe del Departamento de Fisiología, de la Universidad de Western Reserve –en Cleveland- quien me recibió en su Departamento, primero como alumno, (2 meses), después como ayudante (1 mes) y finalmente como colaborador directo de él en sus estudios acerca de la “fibrilación ventricular” . Él era una autoridad mundial en fisiología cardíaca. El trabajo experimental que hice con él me sirvió de Memoria para obtener mi título de Médico Cirujano.

5.- Al regresar a Chile, en julio de 1940 –veníamos en el “Copiapó” que naufragó cerca de Colón- empezaron dos años que fueron para mí muy tensos. Tuve que completar mi Internado, en Obstetricia y en Pediatría.

Tuve que preparar mis exámenes finales para recibir mi título de médico-cirujano. Me habían nombrado director del Laboratorio Clínico del Hospital Clínico de la Universidad Católica y tuve que prepararme durante algunos meses, trabajando en el Laboratorio Clínico del doctor Ríos y luego proceder a la instalación del laboratorio de la UC. Joaquín Luco me ofrecía trabajar con él en su laboratorio de neurofisiología. El profesor Lipschtuz me pedía que reemplazara por un año a su jefe de Laboratorio que partía a Estados Unidos. Y me ofrecieron también –en medias con Ramón Ortúzar, mi compañero de estudios- la Cátedra de Fisiopatología, para el tercer año de Medicina de la Universidad Católica, que se abría el año siguiente. Y empezaba también a ejercer con algunos enfermos particulares.

6.- Yo participaba, aunque sin gran compromiso, de las inquietudes de los jóvenes de aquella época. He descrito el ambiente de esa década (1930-1940) en un artículo publicado en la Revista Chilena de Historia y Geografía (Nº 166, 2001-2002). Ya en 1937, había publicado la Revista Estudios, que dirigía Jaime Eyzaguirre, un charla mía: “Posiciones de la nueva generación católica”, dada como Presidente de la ANEC.

También llevaba, como todos los jóvenes, una vida social mas o menos intensa. Durante cinco años, estuve enamorado de una joven. Yo la admiraba, a la vez que la quería. Esto influyó en hacerme difícil dejar el mundo para seguir el llamamiento de Cristo. Pero quizás sí también me ayudó a hacerlo: ella tenía más fe y más amor de Dios que yo.

7.- Hasta que llegó el día –una tarde de otoño – en que Dios me hizo sentir, con absoluta certeza, que me pedía que dejara el mundo, vale decir la medicina, la fisiología, mi familia, la joven aquella y todo lo demás – para seguirlo a El. Contesté que sí. Sentí una gran paz. Y empecé a

despedirme de todo y de todos. El 14 de agosto de 1942, ingresé al Seminario Pontificio Mayor de Santiago. Iba a cumplir 27 años.

3.- SEMINARIO

14 de agosto 1942 – 7 de abril de 1948

El día en que entré al Seminario y pasé mi primera noche en la “covacha” que me asignaron, con unos pobres muebles que me había regalado mi amigo y compañero de Medicina, José Manuel Ugarte. y el mínimo de objetos necesarios, ha sido talvez el día más feliz de mi vida. Me sentí renacer, partir de cero, encontré la paz, “la verdadera alegría”. Me sentía con un ánimo inmenso para progresar en mi vida espiritual, para estudiar las cosas de Dios, para preparar mi vida pastoral. Me sentí acogido por mis nuevos compañeros, algunos de los cuales venían del Seminario Menor, donde se habían educado desde niños. Otros habían sido universitarios como yo. Dos de ellos eran mayores que yo y habían trabajado, antes de entrar al Seminario.

1.- Pasé dos años en el “patio de filosofía”, donde compartíamos los estudiantes de primero y de segundo año, de “filosofía” y de “propedéutica”. “Filósofos” eran los que venían del Seminario Menor. “Propedéuticos” éramos los alumnos que veníamos de fuera; En mi curso, los filósofos eran 7, los propedéuticos 11 y teníamos 5 compañeros venezolanos.

El ambiente era sencillo y austero pero alegre; había espíritu de estudio y de piedad. Todas las tardes, en el recreo de las cuatro, jugábamos fútbol, básquetbol o voleibol. Yo era malo para la pelota pero le ponía empeño y nunca dejé de participar. De cuando en cuando hacíamos paseos a la cordillera y acampábamos en carpas. En el verano, pasábamos las vacaciones en Punta de Tralca, en un ambiente muy primitivo. Nos lavábamos en la mañana en una única llave de agua que había en una esquina del patio. Pero, mucha vida al aire libre, mucho compañerismo,

mucho deporte y también bastante piedad y amor a Dios y ansias de llegar a ser sacerdotes. Se organizaban piezas de teatro que se daban en presencia del Rector, de los profesores y de todo el Seminario. Eran acontecimientos para todos nosotros y en ellos se derrochaban ingenio y sentido del humor. Yo participé como actor en varias de esas obras de teatro, tanto en Punta de Tralca como en Santiago, con cierto éxito, más en la comedia que en el género dramático: nunca supe bien si se reían por mis cualidades de comediante o si se reían de mí, por lo mal que lo hacía.

Todas las tardes, partíamos, por cursos, llevando una lata con agua pura, algo de leña para calentar el agua, una bolsa con hierba mate, azúcar, algunas galletas y, cada cual con su jarro de fierro enlosado y su bombilla y después de jugar o de leer en los roqueríos, nos juntábamos a tomar mate y a conversar. De cuando en cuando, salíamos en manadas, acompañados con perros que se juntaban de las casas vecinas, para “conejar” y, una que otra vez, volvimos triunfantes, con un conejo o una liebre como trofeo de nuestra casería. El maestro Urbina se ofrecía para cocinar nuestra presa, no sin advertirnos que “el conejo pide vino”. A él también le gustaba el vino, y lo pedía.

Estudiábamos, en primer y segundo año de Filosofía, como estudio principal la filosofía escolástica, aristotélica – tomista. El texto era serio y sólido, en latín: el “Cursus Philosophiae” del Padre Boyer, jesuita. Los profesores eran buenos: Monseñor Escudero, el Rector del Seminario – buen teólogo- y Fernando Rodríguez, que había sido ingeniero y profesor de matemáticas superiores. Para mí fue una experiencia inolvidable. Me recordaba el año en que estudié matemáticas, en París. Después de diez años, dedicado a ciencias experimentales, volvía al raciocinio, a la lógica, a lo abstracto. Y me gustó.

Al pasar a Teología, que duraba cuatro años, los “teólogos” íbamos a clase a la Facultad de Teología de la Universidad Católica. Nos íbamos temprano en la mañana para regresar a la hora de almuerzo. La teología me gustó mucho. Quizás si la Teología Fundamental, más que la Dogmática y la Moral y más que el Derecho Canónico. Algunos profesores eran excelentes: Eduardo Escudero, Gustavo Weigel. Otros menos buenos: cada cual aportaba algo.

2.- Durante el 1er y 2º año de teología, yo no viví en el Seminario Mayor sino que en el Seminario Menor, cuyo Rector era don Javier Bascuñán, y allí me desempeñaba como “prefecto” de los alumnos de 4º, 5º y 6º año de humanidades. Allí pasé dos años con ellos y fue una experiencia muy interesante y muy grata. Nos hicimos amigos. Orozimbo Fuenzalida y Patricio Infante, dos de ellos, llegaron a ser obispos y compañeros y amigos de toda una vida.

3.- Estando ya en 4º año de teología (1947), se realizó en Chile un Congreso Internacional de Acción Católica y vino una numerosa delegación de Québec (Canadá) y se me pidió que yo fuera el intérprete de los que vinieron, sacerdotes y laicos, relacionados con la JOC. Ahí tuve oportunidad de conocer a Rafael Larraín y a Carlos González, sacerdotes jóvenes quienes estaban iniciando la JOC en Chile. Poco tiempo después vino a Chile el propio fundador de la JOC, el célebre canónigo belga José Cardijn y, nuevamente, yo fui su intérprete. Con esta doble experiencia y con el contacto que tuve con Rafael y Carlos, quedó sellado mi destino. Yo sería asesor de la JOC.

El 3er y 4º año de teología los había pasado, con mis compañeros de curso, en el Seminario Mayor, en el patio de teología. Pero, al llegar al 5º año –el año “pastoral”- (1948) mi vida se aceleró. Fui ordenado antes de tiempo (el 16 de abril de 1948), -a los 32 años-, para poder participar en un

Congreso Mundial de la JOC en Monreal, Canadá, al cual fui acompañando a un joven y una joven jugadoras. A mi regreso estuve muy poco en el Seminario y apenas tuve unas pocas clases. Al poco de regresar de mi viaje, pasé a vivir en una casita de la calle Prieto, entre Independencia y Vivaceta, con Rafael Larraín y Carlos González y mi destino quedó ligado al de la JOC. Luego se juntó a vivir con nosotros un Padre canadiense, Alberto Sanschagrín, que fue más tarde Obispo en su país.

Yo estudié teología con mucho gusto y dedicación. Me recibí de Licenciado en Teología, el 13 de abril de 1947. Pude haber seguido estudiando, haberme “doctorado”, tal vez haber ido a estudiar a Roma. La verdad es que nadie me lo propuso y yo nunca pensé sugerirlo. Por el contrario, estaba feliz de empezar el trabajo pastoral y que este fuera en ambiente obrero.

4.- SACERDOTE

1948 – 1958

1.- Al irme a vivir con Rafael Larraín y Carlos González a la casa de la calle Prieto, apareció claro que Rafael atendía a “las” jocistas y Carlos González a “los” jocistas. Yo quedaba disponible. Cooperaba en lo que me pedían. Con dos jóvenes cercanos a la JOC, trabajaba en una revista mensual, que se llamaba “Vida Obrera”, en que tratábamos de mantener a los jocistas al día de lo que interesaba especialmente al mundo obrero. Fui nombrado sub-secretario para la Acción Económica Social y allí trabajé con Humberto Muñoz, sacerdote muy inteligente y empeñoso, de quien me hice muy amigo y que luchaba por introducir en Chile el Movimiento Cooperativo de Antigonish. Di una buena parte de mi tiempo a estudiar el cooperativismo y tuve relaciones bastante estrechas con el movimiento cooperativo chileno. También, con Humberto Muñoz, nos preocupábamos de temas relacionados con la doctrina social de la Iglesia y con la acción social católica. Daba retiros a los dirigentes jocistas y conversaba con algunos de ellos. Acompañaba a los jocistas a veranear en nuestra Casa de Vacaciones del Quisco y me fui metiendo poco a poco en el mundo de la juventud obrera, masculina y femenina.

2.- Un día, Rafael Larraín me pidió que asesorara un “Sindicato Profesional N° 2 de Empleadas de Casa Particular”, que se había constituido legalmente con un grupo de empleadas antiguas, muy cristianas, y con la ayuda de Rafael. Yo acepté con mucho agrado y, poco a poco, pensé que podría crearse una obra mas completa que el simple Sindicato, que abarcara todos los aspectos de la vida de la empleada de casa particular, en que se aplicara el método de la JOC para la formación de las dirigentes y de las socias, pero que tuviera también lo que entonces se

llamaba “servicios”, partiendo por un Hogar en que las empleadas pudieran llegar como a su propia casa. Esta idea fue madurando. Yo recorría los Centros de Empleadas que existían en muchas parroquias, especialmente del barrio alto y exponía el proyecto de lo que se podría hacer. Me fijaba en la cara de las que me escuchaban. A veces veía brillar los ojos de algunas de ellas. Las llamaba después de la charla y les proponía dedicar su vida a este proyecto. Así aparecieron las primeras dirigentes: Anita de la Fuente, muy piadosa y muy exigente en la moral; Marta Pino, muy cristiana y además fina e inteligente; Ester Vargas que tenía una avasalladora capacidad apostólica y ejecutiva; y varias otras, cada una con su carisma propio: eran 14 cuando yo tuve que dejar el trabajo. Vivían en el Hogar, recibían un sueldo modesto y trabajaban a tiempo entero por sus compañeras de trabajo.

Yo dediqué al Hogar de la Empleada lo mejor de mis 10 años de sacerdote y entré de lleno en el problema del servicio doméstico. A pedido del Padre Hurtado, publiqué un artículo sobre el servicio doméstico en el N° 2 de Mensaje y escribí un folleto sobre el mismo tema. El Padre Hurtado nos cedió las oficinas en las cuales él había empezado el Hogar de Cristo, en la calle Alonso Ovalle, frente al Colegio San Ignacio. Después nos ofreció en venta, en \$4.000.000, de aquel entonces, una construcción mucho mas grande y con mucho terreno, en Tocornal 315; allí nos instalamos en forma definitiva, hasta el día de hoy. Los \$4.000.000 fueron pagados íntegramente y en poco tiempo, con las cuotas que las propias empleadas –que llegaron a ser más de 6.000 - pagaban mes a mes. En algún caso, la Cooperativa de Ahorro y Préstamo, establecida en el Hogar de la Empleada, facilitó un dinero para que nunca nos atrasáramos en el pago, dinero que fue siempre devuelto rigurosamente.

En torno al Hogar de la Empleada empezaron a funcionar “servicios”, a medida que las circunstancias los requerían y las posibilidades lo permitían: las “tardes sociales” de los domingos, muy concurridas, en que más de alguna empleada encontró a su futuro esposo o pudo vivir un pololeo y un noviazgo dignos, “Servicio de Enfermos”; “Servicio de Vacaciones”; “Cooperativa de Ahorro y Préstamo”; “Sindicato Profesional N°2” –el que estuvo en el origen de la obra – “Preparación a la Primera Comuni3n y a la Confirmaci3n” y, a veces, al “Bautismo” para las que lo solicitaban; “Instituto Luisa Cardijn”, en que centenares de empleadas pudieron completar sus estudios b3sicos y secundarios y recibirse de profesionales en peluquería, enfermería, corte y confecci3n y otras especialidades. Todo lo creaban y lo dirigían las dirigentes, de acuerdo con su experiencia, con lo que pedían las socias, todas ellas empleadas, sin ninguna participaci3n de personas ajenas al gremio. Muchas personas –profesores, asistentes sociales - dieron clases en el Instituto Luisa Cardijn, pero todas las decisiones las tomaban las dirigentes, todas ella empleadas. Fueron importantes las tres empleadas que habían fundado el Sindicato N°2 –Sarita Espejo, Sarita Marambio y Carmen Lagos, “las tres Saritas”, que siguieron siempre colaborando en todas las actividades, tanto del Hogar propiamente tal como de la Asociaci3n Nacional de Empleadas de Casa Particular (ANECAP) que abarcaba todas las actividades sociales, educativas y pastorales y también el contacto con los grupos de ANECAP que se fueron formando en las principales ciudades de provincia.

3.- El Hogar de la Empleada me ocupaba parte del s3bado y del domingo y dos o tres días por semana, entre 14.00 y 17.00 hrs. El resto de mi tiempo lo tenía dedicado a la Acci3n Cat3lica, cuyo asesor general fue primero don Augusto Salinas, con quien yo fui “secretario general” y después don

Manuel Larraín, con quien pasé a ser “vice-asesor general”. Asesoraba distintos grupos de hombres, periodistas, ingenieros agrónomos etc. Pero, de una manera especial, asesoraba la Acción Católica Juvenil junto con Roberto Bolton, y otros sacerdotes jóvenes. Fui, durante varios años, el asesor de la Juventud Católica Femenina y de la JEC femenina. Pasaba todas las tardes en Agustinas 1480, donde estaba nuestra sede y atendía a muchas jóvenes y estudiantes. Yo daba muchos retiros, casi todos los fines de semana, en la Casa de Ejercicio de San Francisco Javier. Daba todos los años dos o tres retiros más largos, en días de semana, para novias y, el fin de semana, para las parejas.

Teresa Corquera era la Presidente Nacional, la sucesora de Teresita Ossandón, y, después de ella, María Cruz Vial que murió, dejando el recuerdo de su simpatía y de su santidad. Paz Covarrubias, María Luisa Ovalle, Cecilia Galilea, Olga Maturana, Isabel Valverde, Paulina Lira, Denisse Raby, Membi Reyes, Marta Harneker –quien se convirtió, en Francia en una brillante intelectual marxista- y muchas otras daban su tiempo al servicio de cientos o miles de jóvenes que se agrupaban en todas las parroquias de Chile, en colegios, instituciones etc.

Con Sarita Philipi Izquierdo, Eliana y Sara Rodríguez LLona e Inés Cox Balmaceda formamos el Departamento Campesino, dedicado a fomentar entre las esposas e hijas de dueño de fundo el cumplimiento de sus deberes sociales. Los apuntes que entonces se hicieron me sirvieron para dar a los estudiantes de agronomía de la Universidad Católica un curso de Acción Social Campesina, dirigido a futuros dueños o administradores de fundo.

4.- Durante cuatro años fui también vice-rector de la Universidad Católica, en los últimos años de rectorado de don Carlos Casanueva. (1950-1953) Yo vivía con él en un antiguo convento de monjas agustinas en la

calle Moneda, al lado de la Iglesia de las Agustinas, a la que atendía. Don Carlos me daba, según sus palabras, “casa, comida, lumbre y servidumbre”. Convivía con nosotros don Roberto Ríos, un sacerdote anciano, parecido a don Carlos, a quien veneraba y acompañaba fielmente. Y me desempeñaba, prácticamente a tiempo entero, en la Universidad Católica, especialmente a cargo de las Facultades de Medicina y de Agronomía, en las que hacía clases de Historia de la Medicina y de Ética Profesional y también en asuntos generales. Al retirarse don Carlos por motivos de salud, y al ser designado rector don Alfredo Silva Santiago, cesé en mi cargo. De esa época datan varios apuntes y folletos, de carácter pastoral, para apoyar el trabajo que se hacía.

5.- Estando de paso por Roma, participando en las “ejercitaciones” del Padre Lombardi, fui llamado al Vaticano y allí se me comunicó que había sido designado Obispo, Auxiliar del Obispo de Talca, don Manuel Larraín. Al Cardenal Mimmi, que me dio la noticia, le pedí un consejo, para mi nuevo estado de vida. Después de pensar un poco me dijo: “No se preocupe demasiado de la administración o de las finanzas de su diócesis. Habrá gente más capaz que usted para atenderlas. Usted dedíquese a predicar la palabra de Dios”. He tratado de seguir su consejo.

Antes de venirme de Italia, pasé al Santuario de Santa Zita, la patrona de las empleadas de casa particular, en Lucca, donde me hospedé en la casa de campo de los padres de un joven italiano, Tino Castoldi, a quien yo había casado recientemente en Chile con Cecilia Cariola. El párroco del Santuario me regaló una de las muy escasas reliquias que hay de la Santa. Con ella me vine a Chile y con ella me ordené de Obispo.

A mi regreso a Santiago, muchos me esperaban para felicitarme y para ofrecerme su ayuda en esta nueva etapa. Sobre todo las jóvenes de Acción Católica (AJCF) y las empleadas de casa particular (ANECAP). Fui

ordenado Obispo en la Basílica del Salvador, el 27 de abril de 1958, -fiesta de Santa Zita-, en presencia del Cardenal Caro que no pudo ordenarme él mismo por haber perdido en gran parte la vista. Me ordenó Monseñor Manuel Larraín de quien iba a ser Auxiliar y fueron co-consagrantes Monseñor Fariña y Monseñor Tagle, los Obispos Auxiliares de Santiago, diócesis a la cual yo pertenecía y que abandonaba para irme a Talca. Tenía yo 42 años. Mi lema episcopal fue una palabra del Salterio: “Tuus sum ego”, “Soy tuyo”.

5.- OBISPO AUXILIAR DE TALCA

1958 – 1960

En Talca fui recibido con gran cariño por don Manuel y yo diría que por toda la Iglesia de Talca. Vivía en casa de don Manuel, quien me cedió un dormitorio, con baño y un escritorio. Conversábamos largas horas, en el comedor o en su escritorio, por donde pasaban Chile y la Iglesia Universal. Don Manuel estaba al tanto de todo lo que ocurría en la Iglesia, conocía a todo el mundo y todo el mundo lo conocía; todo Chile iba a Talca a conversar con él y cuando él viajaba por el mundo, no había lugar donde no lo esperaran en el aeropuerto para llevarlo a pasar unos días, o siquiera unas horas, con sus amigos. En Talca era muy respetado, muy admirado, muy querido, pero también discutido por algunos que lo consideraban demasiado inclinado a la democracia cristiana y a posturas menos conservadoras que las tradicionales. Pero no había familia, por muy conservadora que fuera, que no le pidiera que casara a una hija o que bautizara a un nieto. Don Manuel era el centro de Talca.

1.- Me ayudó mucho a penetrar en la sociedad talquina el Movimiento Familiar Cristiano que, en aquel entonces, estaba en su apogeo en Talca y en otras partes de Chile. Eran un centenar o más los matrimonios que se reunían, una vez por semana, en grupos, de cinco a diez parejas, en casas particulares, para tratar, entre ellos y con su asesor, los problemas relacionados con el matrimonio y con la familia. Yo entré a asesorar algunos de esos grupos, me hice de muchos amigos y conocí íntimamente muchas familias con las cuales he quedado unido hasta el día de hoy. También asesoraba grupos juveniles de alumnos y alumnas de la enseñanza media. Recorrí la diócesis entera en visitas pastorales, o por acontecimientos ocasionales. Asesoraba la pastoral campesina.

2.- Pero lo que más me marcó fueron las dos grandes misiones que hicimos el año 58 y el año 59, en 40 o 50 lugares diferentes, la primera en la zona costera de Talca, desde el Maule hasta el Mataquito y la segunda en la zona costera de Curicó, del Mataquito al norte, abarcando en cada una de estas oportunidades, no solamente las parroquias costeras sino que todas las capillas y los pueblos de esa zona. En cada una de estas “misiones generales” participaron varios centenares de personas, jóvenes estudiantes en su mayoría, y también religiosas, religiosos y sacerdotes. Durante los meses de primavera, se preparaba a los futuros misioneros quienes tenían un Manual donde aprendían lo que tenían que “hacer” y otro Manual, un “Catecismo en diez lecciones”, -redactado por Enrique Alvear y por mí- donde aprendían lo que tenían que “decir”. Yo recorría todos los lugares misionales, animando a los misioneros y viendo la felicidad de los misionados, muchos de los cuales no veían un sacerdote o no recibían un sacramento desde hacía años, por estar demasiado alejados de su iglesia parroquial.

Cuando dejé la diócesis de Talca, en los primeros días de 1960, un sacerdote con sentido del humor dijo que yo me iba de la diócesis porque “se me habían acabado los ríos”, aludiendo a la Misión del Maule y a la Misión del Mataquito, nombres con que se designaron esos dos esfuerzos pastorales. Para mí fue una verdadera iniciación a la pastoral campesina, que presentía ya por mis 10 años de trabajo con las empleadas de casa particular, pertenecientes, en su gran mayoría, a familias campesinas y que había de llenar mi vida en Temuco y en La Serena, o sea durante mis 25 años de pastor.

6.- OBISPO DE TEMUCO

1961 - 1978

1.- Un día me llamó el Señor Nuncio y me dijo que el Santo Padre me había designado Obispo de Temuco. La noticia me tomó tan de sorpresa que, sin darme cuenta, hice un gesto que el Nuncio interpretó como de desagrado, o talvez de rechazo. Algo severo, me dijo que “si yo no aceptaba lo dispuesto por el Santo Padre, podía mandarle mis razones por escrito”. Yo me apuré en decir que aceptaba feliz el cargo a que el Santo Padre me llamaba y que el gesto, que él había interpretado como de disgusto, era simplemente una expresión de sorpresa y también del gran cariño que tenía por Talca y por don Manuel, a quienes iba a tener que dejar.

2.- En Temuco yo conocía a un sacerdote, con quien había estado en un congreso en el extranjero, y a nadie más. Partí a Temuco. Don Manuel me fue a dejar en auto y, ya mucho antes de llegar a nuestro destino, yo estaba feliz con mi nueva Diócesis.

Dediqué a Temuco cerca de 18 años de mi vida. Tenía, al llegar, 44 años; estaba en posesión de todas mis fuerzas y ya tenía una cierta experiencia de sacerdote y también de obispo. Me entregué por entero a la diócesis y, aunque me tocó vivir momentos difíciles, no recuerdo haber tenido en mi trabajo pastoral ni un minuto de desaliento.

El clero chileno era escaso pero había sacerdotes jóvenes y muy buenos. Había un grupo excelente de padres norteamericanos de Maryknoll. Otro grupo de sacerdotes españoles de la OCHSA, también muy apostólicos y muy dedicados. Había franciscanos, cordimarianos, hermanos de las escuelas cristianas... Yo logré traer a la diócesis más de veinte sacerdotes canadienses, de los PME (Misiones Extranjeras del

Quebec). Tuve oportunidad de ordenar algunos sacerdotes y cerca de 15 diáconos que resultaron también excelentes -algunos de sus hijos son hoy día sacerdotes-. En un momento dado, no había una sola parroquia en la diócesis que no contara con un párroco y con uno o más vicarios cooperadores, salvo que el párroco no necesitara o no deseara tener uno.

De todos estos sacerdotes, no puedo dejar de nombrar unos pocos. Entre los chilenos, Enrique Gaona, Anselmo Leonelli, Ramiro Estévez; entre los norteamericanos, Jerónimo Trettel; entre los españoles, Florencio Gándara; entre los canadienses, Juan Menard; entre los eslovenos, Juan Mohar, Andrés Pogachar; entre los franciscanos brasileños, el Padre Genuino, el Padre Antonio y el Padre Feliciano; y entre los chilenos, el padre Serafín Mansilla; entre los cordimarianos, el Padre Arranz; y como no nombrar a Manuel Camilo Vial, uno de los schöenstatianos, miembro del Consejo de Gobierno, mi brazo derecho y –después de más de 20 años – mi sucesor. Y 30 o 40 más que no alcanzo a nombrar pero que estaban a su altura.

Quiero hacer una mención especial aparte de un sacerdote cubano, expulsado de su país el día mismo de su ordenación, y acogido por los PME canadienses, quienes lo enviaron a Temuco con el primer grupo de religiosos. Dejó en Temuco el recuerdo de un sacerdote santo: trabajador infatigable, amigo y servidor de todos, muy apostólico y de una gran vida espiritual. De Temuco se fue a Miami, donde logró sacar de Cuba a su familia, y se convirtió en el apóstol de los centenares de miles de cubanos de Estados Unidos, el alma del Santuario de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, la patrona de Cuba –en Miami – y finalmente Obispo Auxiliar de Miami.

3.- La base del trabajo era las misiones. Pedí a los párrocos que me dieran una lista de todos los lugares de sus parroquias en que les gustaría poder

tener una misión, si es que hubiera como hacerlo. Me señalaron cerca de 400 lugares. Pusimos manos a la obra y, en el curso de unos dos años, se dieron todas las misiones solicitadas, siguiendo un poco la fórmula que se había iniciado en Talca, pero con mucha mayor preparación y participación y con un plan más definido. En cada uno de los territorios misionales, se dejaba establecido un Centro Bíblico, formado por laicos del lugar. Los párrocos seguían atendiendo estos centros que, poco a poco, se fueron convirtiendo en “Comunidades Eclesiales de Base”. Al poco tiempo, los mismos fieles se empeñaban por levantar una capilla. Yo fui llamado a bendecir capillas, construidas por los propios cristianos del lugar, en cerca de 200 lugares, desde “rucas” en reducciones indígenas y capillas que parecían simples “containers”, hasta verdaderas iglesias. Algunos años después, era frecuente que esa capilla primitiva se dejara para reuniones de catequesis u otras y la comunidad se ponía a la obra para levantar una capilla mas digna. Mi sucesor, Monseñor Contreras, me decía que él creía haber bendecido otras tantas capillas, en los 23 años en que estuvo de Obispo, después de mí.

Un símbolo de la Iglesia que queríamos construir fue mi negativa a reconstruir la Catedral, una vieja Iglesia Parroquial, en la Plaza de Armas de Temuco, que había tenido que ser demolida a raíz del terremoto. Yo decía a todo el mundo que construiríamos primero “una iglesia de piedras vivas”, que serían las 400 o más “comunidades cristianas de base” y que después, estas mismas comunidades levantarían la Catedral. De hecho la Catedral, la construyó mi sucesor.

4.- Para la atención de los mapuches, teníamos una comunidad de misioneras, las Hermanitas de Fátima, fundadas por mi antecesor, Monseñor Menchaca, -llegaron a ser 18- y quienes estaban continuamente en las reducciones, misionando en cada una de ellas durante 15 días.

Misionaron todas las reducciones de la diócesis, -un centenar talvez- salvo una media docena con las cuales el párroco del lugar no tenía contacto, por algún motivo. Fue una presencia cristiana católica en todas las reducciones mapuches, que no había habido nunca antes y que dejó sus huellas. Se hizo funcionar también un Instituto Indígena que sigue trabajando hasta el día de hoy. Dos religiosos, un norteamericano, el Padre Theissen y un canadiense francés, el Padre Bélec llegaron a dominar la lengua mapuche y a ser muy aceptados y queridos por los mapuches.

5.- Centro de la pastoral diocesana era la Casa de Ejercicios, que funcionaba en forma casi permanente durante todo el año, con retiros, jornadas de estudios, “sínodos” etc. Cuando no había encuentros propiamente de Iglesia, se recibía en la Casa de Ejercicios a otros grupos; la directora, Ester Vargas, -una antigua dirigente del Hogar de la Empleada- era tan acogedora, tan servicial y tan apostólica que todos quedaban felices y deseosos de volver y muy agradecidos con la Iglesia que les prestaba este servicio a un precio muy razonable. Mas de alguno volvió mas tarde a la misma casa pero, esta vez, como perteneciente a un grupo católico.

Alma de la pastoral diocesana fueron los Cursillos de Cristiandad. El padre Dwyer, de Maryknoll, me ofreció traer a Temuco un equipo venido del Perú, que dio los 6 primeros cursillos que se hicieron en Chile (yo participé, como cursillista en el segundo). Marcos Uribe se convirtió en el alma sacerdotal del cursillismo de Temuco. Al dejar la diócesis habíamos tenido 75 cursillos, con participación de más de 1500 hombres y otras tantas mujeres, con un promedio de 40 o 50 por parroquia. Fueron los grandes animadores de la pastoral diocesana y de las comunidades de base. Y la cosa siguió con mi sucesor, Monseñor Contreras.

6.- Tuve la suerte de contar, no solamente con una cooperación total sino con una amistad muy sincera y muy profunda del padre Guido Rodríguez, vicario general y del padre Marcos Uribe, secretario del Obispado, durante todo el tiempo que yo estuve en el. Creo que fue un buen testimonio para el clero y para la gente de ver que los que estábamos a cargo de la diócesis nos aveníamos tan bien.

Otra de las riquezas de la Iglesia de Temuco en aquel tiempo fue contar con un equipo de 12 o 15 laicos, enteramente entregados al servicio de la Iglesia, que trabajaban en el Obispado, con mucho espíritu de unión entre ellos y de servicio a los demás. Con sueldos muy bajos -la diócesis casi no tenía entradas-, fuera de las que yo conseguía predicando en el extranjero- pero con una dedicación y un cariño extraordinarios; su testimonio era ya para toda la Iglesia un gran estímulo: Ester Vargas, como directora de la Casa de Ejercicios, Carmen Morales, como recepcionista y encargada de la librería; Victoria Tapia, como secretaria de la pastoral; Gaby Lobos y la hermana Teresa, a cargo de la catequesis; Lidia Lucero, responsable de las Comunidades de Base de Temuco; Lucía Riedemann, como tesorera; mis secretarias: María Jesús Rekalde y Asumpta Clará, españolas -o, mejor dicho, vasca la una y catalana la otra- y Carmen Muñoz y Lidia, chilenas; sin olvidar a Alfonso Zúñiga, diácono a cargo de las comunicaciones y otros más que en este momento se me olvidan pero que construyeron, con la gracia de Dios, la Iglesia de Temuco, en aquellos años.

7.- En 1968, en mitad de nuestro trabajo, al regresar del Concilio Vaticano II, celebramos el Sínodo de Temuco. Fue un encuentro muy amplio, muy lleno de vida, muy bien organizado, en que participó toda la Iglesia de Temuco. Ronaldo Muñoz de los SS.CC., fue nuestro teólogo: con su enseñanza, muy espiritual a la vez que sólida y actual, iluminó y

enfervorizó a los participantes. El Sínodo dio doctrina, estructura, intercambio y ánimo a toda la Iglesia de Temuco.

8.- Tuvimos oportunidad de contar con mucha ayuda de la Iglesia de otros países. La diócesis de San Jerónimo, de Canadá (Québec), se unió con nosotros en un “jumelage” (Iglesias hermanas), que fue muy intenso y productivo: intercambios continuos, ayuda económica y pastoral. Los PME, de Québec, dirigidos por el padre Gilles Ouelette, nos enviaron entre 20 y 25 sacerdotes misioneros que se adaptaron muy bien a nuestro país y a nuestra Iglesia y le dieron un poderoso impulso. Emiliano Frenette, el obispo de Saint Jerome, viejo y enfermo, vino a visitarnos; se enamoró de Temuco y quiso volver a pasar sus últimos días y a morir entre nosotros. Sus compatriotas se lo impidieron.

9.- En Temuco tuve oportunidad de conocer más de cerca la obra de Pablo Neruda, que pasó su infancia y su adolescencia en esa ciudad, donde él conoció y se hizo amigo de Gabriela Mistral, directora del Liceo de Niñas. Aproveché esta circunstancia para leer gran parte de su obra. Años después, en La Serena, me dediqué a estudiar la obra de Gabriela Mistral y me tocó participar en la celebración de su centenario y después en el traslado de los restos de Jin-Jin a la tumba de Gabriela en Montegrande. Eso me permitió decirle un día en broma a un Señor Nuncio que yo aceptaría, si él me la ofreciera, una tercera diócesis, siempre que hubiera en ella un Premio Nóbel.

7.- SECRETARIO GENERAL Y PRESIDENTE DE LA CECH

1978 – 1988

1.- En una Asamblea Plenaria de los Obispos, -a fines de 1977- ellos me pidieron que asumiera la Secretaría General de la Conferencia Episcopal, en un momento en que se presentaban algunas dificultades. Ya tenía 62 años.

Yo podía aceptar o no el nombramiento de mis hermanos obispos pero no podía dejar la diócesis de Temuco sin autorización del Santo Padre. El Cardenal Baggio, que era entonces el ministro del Santo Padre para los Obispos, me propuso tres alternativas: que siguiera tal cual, con los dos cargos; que pidiera un obispo auxiliar para Temuco, siguiendo yo como obispo titular; que renunciara a la Diócesis de Temuco y el Santo Padre me nombraría un sucesor para Temuco. Yo elegí la tercera opción: dejar la diócesis de Temuco –aunque con mucha pena - y dedicarme por entero a la Secretaría General, que era lo que me pedían mis hermanos obispos. El Santo Padre nombró para sucederme a Sergio Contreras, lo que fue providencial para esa diócesis tan querida.

2.- Antes de ser llamado a la Secretaría General, yo había participado, durante 19 años ya, en la Conferencia Episcopal. Había asistido a las 4 sesiones del Concilio Vaticano II, en que el Episcopado chileno se hizo presente principalmente por la voz del Cardenal Silva Henríquez –que era asesorado entre otros por los teólogos Jorge Medina y Egidio Viyanó- y por la actividad incesante de Monseñor Manuel Larraín, que conocía a todos y era conocido, buscado y estimado por todos. Todos los Obispos chilenos nos reuníamos periódicamente con el Cardenal y sus teólogos para participar más plenamente en los temas que se debatían. Yo hablé dos o tres veces en el Aula, entre 70 u 80 participantes que opinaban sobre cada

tema. Había que hacerlo en latín, con ayuda de algún buen latinista. Pero aprendí mucho, no solo oyendo lo que se decía en el Aula –la Nave Central de la Basílica de San Pedro – sino leyendo los escritos que nos entregaban diariamente, en el idioma que uno quisiera, y sobre todo, conversando amistosamente con alguno de los grandes prelados, o de los grandes teólogos –de Lubac, Congar, Rahner..., o de los “observadores”- los Padres de Taizé...La Iglesia católica entera estaba al alcance de la mano, desde los Papas, Juan XXIII y Paulo VI, hasta obispos de los cinco continentes. Cada cual, pensando también en su propia diócesis, trataba de hacerse amigo con quien pudiera ayudarlo en su tarea pastoral, ya sea enviándole sacerdotes o con recursos económicos. Allí conocí y traté a Monseñor Frenette, el Obispo de Saint Jérôme –Canadá- que llegó a ser un gran amigo y bienhechor de nuestra Iglesia de Temuco.

Durante esos 19 años, había pertenecido a menudo al Comité Permanente o a la Comisión Pastoral, ocupándome de catequesis y de liturgia, y preparando un “plan pastoral” para la Iglesia chilena, que no era fácil introducir en la mentalidad de algunos obispos, por cuanto limitaba en algo su libertad en materia pastoral, pero que iba entrando poco a poco. Por lo tanto la Conferencia Episcopal (CECH) no era nueva para mí. Victoria Tapia, la antigua secretaria pastoral de la Iglesia de Temuco, era ahora secretaria general de la CECH y yo me entendía muy bien con ella, trabajadora infatigable, responsable, discreta, inteligente y abnegada como pocos.

3.- Así fue como me vine a Santiago y me establecí a vivir en la misma sede de la Conferencia Episcopal de Chile, en la calle Cienfuegos. Ahí pasé seis años dedicado por entero a las tareas de la CECH. Mi cargo tenía dos aspectos. El primero, que era el que más me interesaba, era seguir trabajando para que la Iglesia Chilena tuviera un “plan pastoral nacional”,

elaborado por todos los obispos y que abarcara todos los rubros de la pastoral de la Iglesia: catequesis, liturgia, parroquias, comunidades de base, ministros laicos, misiones...y también vida religiosa masculina y femenina, movimientos apostólicos de laicos, educación, comunicación, acción social etc. Como Secretario General de la Conferencia Episcopal yo era también Presidente de la Comisión de Obispos para la Pastoral (COP) y pude dedicarme de lleno a esa tarea que me interesaba muchísimo.

4.- El otro aspecto de mi cargo era seguir de cerca las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno y también entre la Iglesia y la sociedad. Me tocó participar en la redacción de varias “cartas pastorales”, y “declaraciones”, de intervenir en conflictos, en asuntos de derechos humanos, de entrevistarme con los poderosos de la hora. Esa parte de mi trabajo, más relacionada con la política, me atraía menos pero lo hice a conciencia y hasta con agrado. Había que lograr a veces la unidad de todo el Episcopado en torno a un texto, en circunstancias que algunos, mas conservadores, lo encontraban demasiado condescendiente con actitudes izquierdistas y otros, más progresistas, lo hallaban demasiado tímido en sus afirmaciones. A pesar de discusiones muy largas, nunca se rompió la unidad, nunca tuvimos que declararnos incapaces de ponernos de acuerdo, siempre se conservó la amistad y el afecto entre todos los obispos. Yo escribí un librito sobre “33 años del Episcopado Chileno” con el perfil de cada uno de los 70 obispos que pasaron por la CECH, mientras yo fui obispo, y la lectura de ese libro hará ver como cada obispo aportaba lo propio de él y enriquecía la Conferencia.

5.- Me tocó participar activamente en algunos grandes acontecimientos de la Iglesia de aquellos años. El “Año Santo de 1974” que vino muy a tiempo para superar la sensación de temor que existía en el país a raíz del cambio brusco de gobierno. El “Congreso Eucarístico Nacional” que juntó

centenares de miles de fieles en Santiago y en algunas ciudades de provincia. La “Conferencia de Puebla” que fue uno de los grandes acontecimientos de la Iglesia Latinoamericana. Yo participé bastante en reuniones del CELAM –en Bogotá y otros países de América Latina- y desempeñé alguna vez cargos en liturgia, y en catequesis, que eran mis temas. Permanecí en el cargo de Secretario General por 3 o 4 períodos, reelegido casi automáticamente.

6.- Poco tiempo después, siendo Arzobispo de La Serena, fui elegido Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile y fui reelegido para un segundo período. Pude continuar durante 4 años la labor empezada como secretario. Me había sucedido en el cargo el Obispo de Temuco, Sergio Contreras, con quien me avenía muy bien: ¡un trabajador infatigable!

El gran acontecimiento de ese período fue la “Visita del Santo Padre a Chile”. Los obispos me pidieron organizar, y presidir, la Comisión Organizadora de esta visita y, durante un año y medio, di mucho de mi tiempo a este evento grandioso. Conté con la ayuda providencial de mi Arzobispo Coadjutor en La Serena, Francisco José Cox a quien nombré Secretario General de la Comisión Organizadora. Fue el alma de la visita del Santo Padre, junto con Alberto Etchegaray, Ignacio Rodríguez, Juan Luis Egaña, Eleodoro Matte –que fue el tesorero- y por supuesto, el Nuncio Apostólico, el Cardenal Fresno, Cristián Precht y muchos otros.

8.- ARZOBISPO DE LA SERENA

1983 – 1990

1.- Al llegar a La Serena como arzobispo, el 7 de agosto de 1983, -tenía 68 años- me sentí feliz de retomar el cargo de pastor de una Iglesia Diocesana, lo que creo que ha sido mi verdadera vocación. Me encontré con un mundo y con una Iglesia muy diferentes del mundo y de la Iglesia de Temuco. En La Serena se sienten los siglos de Colonia y los años de República Conservadora; en Temuco están todavía muy presentes el fondo indígena y la colonización alemana; la implantación española o chilena es más débil. Pero gocé en La Serena, pude participar, más que en Temuco, en la vida de la ciudad, tener más contacto con los sectores dirigentes, con los grupos organizados, fueran afines al Gobierno o marginados de él. Tuve mucho contacto con los intelectuales, con los profesores, con los periodistas, con el Club Social de La Serena y por supuesto que también me dediqué a recorrer todas las parroquias y todas las capillas y lugares de culto, que pasaban de 300. Había en La Serena dos parroquias, la de Punitaqui y la de Barraza, que tenían cada una 40 lugares de culto, muchos de los cuales con sus capillas, a veces muy antiguas. El Valle de Elqui, saliendo de La Serena, cuenta solo con 4 parroquias pero hay 20 capillas antiguas tradicionales, a las que se agregan 25 lugares de culto nuevos, en total 50 comunidades cristianas. Lo mismo ocurre en las parroquias de Rapel, de Caren, de Sotaquí, de La Higuera y tantas otras en las que la Sede Parroquial es muy modesta pero el párroco tiene que atender 10, 15, 20 o 30 capillas, de difícil acceso. En el primer fin de semana después de mi llegada a La Serena, recorrí el Río Hurtado, desde Ovalle hasta Vicuña; eran 14 capillas, que visité en dos días, acompañado por el Alcalde local. En cada capilla nos esperaba la comunidad cristiana reunida, pasábamos a

la iglesia, en algunas celebraba misa, en otras les decía algunas palabras y después, invariablemente, una “once” o un “coctel” ofrecido por el pueblo. Era muy lindo, con un sabor antiguo, colonial, muy diferente de lo que se podía palpar en Temuco.

2.- La religiosidad popular del Norte Chico –y del Norte Grande – se expresa en los bailes religiosos. Cada capilla tiene su “baile” formado por 50 a 100 bailarines –chinos, danzantes, turbantes y otros – y cada capilla que celebra su fiesta patronal, no solo tiene su propio baile sino que recibe a los bailes de las capillas vecinas y se forma una fiesta sorprendente y profundamente religiosa.

Al llegar a La Serena me vinieron a ver los dos caciques más antiguos de los bailes, con sus atuendos de chinos, y me recordaron los dos principios que ellos tienen: “lo que se ha hecho hasta ahora, se sigue haciendo igual” y “quien manda en los bailes es el cacique”. “Me deja poco margen de decisión”, les contesté riéndome. “De eso se trata, señor Obispo: que los obispos nos dejen ser lo que somos”, me contestaron con mucha convicción. Nunca tuve un problema con ellos, por el contrario. Los 100.000 peregrinos que van a Andacollo dos veces al año son una reserva de religiosidad popular que debemos acompañar, no tratar de asimilar. Yo solía decirles, basado en San Agustín, que “el que canta ora dos veces, pero el que baila ora tres veces”. Lo dije en presencia del Santo Padre, en Peñuelas y él se rió. Di la fórmula por aprobada.

3.- En Temuco me había dedicado poco a construir. No había tiempo ni dinero para hacerlo. Dejé mas bien que la gente construyera, como pudiera, con sus pobres recursos, sus propias capillas. En La Serena, con la ayuda del Alcalde y de otros –entre ellos la señora Miti Markmann – se pudo mejorar bastante la Catedral, tanto por fuera como por dentro, reparando el órgano y colocándolo detrás del altar mayor. Con la ayuda de la Iglesia

Alemana, se restauró, y se construyó de nuevo en gran parte, la Casa de Ejercicios del Tránsito. Y antes de venirme, con la ayuda de solo los serenenses, se construyó un Santuario a Santa Teresa de Los Andes.

4.- Durante un tiempo, me pidió el Señor Nuncio que me hiciera cargo de la Diócesis de Illapel que estaba sin obispo. La recorrí entera, parroquia por parroquia. Pero, al llegarme como coadjutor Francisco José Cox, le encargué a él, entre otras cosas, que atendiera Illapel y lo hizo con gran celo y dedicación. Monseñor Cox, nombrado coadjutor de La Serena, fue para mí una ayuda invaluable. Es un hombre capaz de trabajar 18 horas diarias, infatigable en los caminos, infatigable en las reuniones. Le dio mucha vida a la diócesis, con su experiencia de párroco de Carrascal y de Obispo de Chillán y de haber sido durante seis años, en Roma, secretario del Ministerio de la Familia.

También conté con la ayuda y la amistad, para mí valiosísimas, de dos obispos eméritos, a quienes invité a vivir conmigo y a ayudarme, con su experiencia pastoral y el ejemplo de sus vidas: José Valle, que era serenense y Raúl Silva Silva, que se hizo serenense por unos años.

5.- El año 1990 yo cumplí 75 años y, de acuerdo con las leyes de la Iglesia, presenté mi renuncia como Arzobispo de La Serena, renuncia que fue aceptada de inmediato, puesto que ya tenía nombrado mi sucesor en la persona de Francisco José Cox. El coadjutor sucede automáticamente al obispo titular en el momento en que él muere o se retira. Iba a tocar, al año siguiente, la “visita ad limina”, que hacen todos los obispos del mundo a Roma, cada cinco años, a dar cuenta de su diócesis. Preparamos juntos un informe muy detallado. Entre otras cosas señalamos que, al llegar a la diócesis, funcionaba un Seminario Mayor con una veintena de alumnos. Nos tocó una época de mucho crecimiento para la Iglesia chilena. En todo Chile crecieron las vocaciones, en todas las diócesis y en todos los

institutos religiosos. Al dejar La Serena, los seminaristas pasaban de 70, mitad de La Serena y mitad de diócesis nortinas.

Al hablar del Seminario, quiero recordar al que fue su Rector durante todos los años en que yo fui Arzobispo y que murió, joven todavía, dejando en todos nosotros el recuerdo de un sacerdote santo, sencillo, humilde, trabajador, simpático, alegre, cercano a la gente. Cuando se moría, en La Serena, y yo fui desde Santiago a verlo, “¿Vino a despedirse de él?”, me preguntaban los periodistas. “No, les contesté, vine a encomendarme a él”.

6.- Cuando llegó el día de la despedida, al terminar mi homilía en la Catedral, dije: “Ha llegado para mí el momento de callar, de bajar de este púlpito y de partir”. En ese momento terminó mi vida de pastor. Pero no mi vida de sacerdote de la Iglesia de Cristo.

9.- HERMANO FRANCISCANO

1990 – 2003

1.- Al acercarse la hora de terminar como Arzobispo de La Serena, yo no había pensado, ni a dónde me iba a ir, ni qué iba a hacer en adelante. Monseñor Cox me ofreció gentilmente quedarme en La Serena, en la misma casa episcopal y que él me daría el cargo que yo quisiera. Pero hay una vieja tradición que dice que el obispo saliente no debe quedarse viviendo en la misma ciudad, con el nuevo obispo. Podía venirme a Santiago y, en mi familia, pensaron que me hospedaría en el departamento de mi hermana soltera. Pero el departamento era muy pequeño, estaba atestado de cosas y en la pieza que se me habría destinado, no cabía ni la centésima parte de mis libros y papeles.

En eso me llegó una carta firmada por el Padre Provincial y seis padres franciscanos, que eran los miembros del Consejo Provincial de la Orden en Chile. Yo no recordaba conocer a ninguno de ellos. En la carta, me invitaban a venirme al Convento de San Francisco de La Alameda y a integrarme plenamente en la comunidad franciscana. “Usted será uno de nosotros”, me decían. Me vine a Santiago, visité el Convento de La Alameda, al cual creo que nunca había entrado antes. Y vi que los padres ya me estaban preparando una pieza grande, a la cual le estaban haciendo bajar el techo “para que pudiera calentarme”, y me iban a instalar un baño, “para que no tuviera que ir al baño común”, que quedaba lejos, y un lavaplatos y un “anafe” porque sabían que “me gustaba cocinar”... Yo siempre fui devoto de San Francisco, siempre me atrajo la vida religiosa y acepté sin vacilar.

Al regresar a La Serena encontré otra invitación. Las religiosas de la Santa Cruz de Temuco, con quienes había trabajado y convivido durante 18

años, me ofrecían la casa del capellán, anexa a la Casa Madre, para que yo me instalara a vivir en ella y me decían que quedaba libre de ser o no ser capellán de ellas, para que pudiera disponer de todo mi tiempo a mi gusto. Pero ya era tarde y me quedé con cierta nostalgia porque confieso que me habría gustado instalarme a vivir en Temuco y más aun al pie del Cerro Nielol, en el lugar magnífico en que se encuentra la Casa Madre.

2.- En el Convento de San Francisco mi actividad fue múltiple. Participé plenamente en la vida de la Comunidad desde los Laudes de la mañana hasta las Completas de la noche. Todos los días celebraba la Misa de 12.00 hrs. y predicaba; pasaba una media hora o más en el confesionario. Hice hacer una especie de mediagua que sirviera a la vez de confesionario tradicional y de salita en que se pudiera conversar cara a cara. Yo les ofrecía a los que querían confesarse conmigo optar por lo uno o lo otro. Noventa por ciento preferían conversar cara a cara y se confesaban también cara a cara. Mi confesionario era una obra de carpintería de forma rectangular que los padres llamaban el “container” y la verdad es que lo parecía. Según algunos, desentonaba en una iglesia antigua, “monumento nacional”. Pero me dio la oportunidad de conversar con centenares de personas que deseaban, no solo confesarse, sino conversar con un sacerdote. Los domingos celebraba la Misa de 11.00 hrs. En la mañana del Viernes Santo daba un retiro en que, de año en año, se fue llenando la Iglesia.

También trabajaba afuera. Daba muchos retiros, de una semana, al clero, a seminaristas, a religiosos y religiosas, especialmente durante el verano. Debe ser un centenar el número de familias religiosas a las que tuve oportunidad de conocer y de estimar a través de estos retiros.

3.- Aproveché del tiempo de que disponía para leer, para estudiar, para reflexionar. Y de ahí salieron varios libros: “El Reencantamiento de la

Vida”, que era un estudio de las corrientes no racionalistas que se afirmaban por todas partes, los “hippies”, el “new-age”...; “La Oferta de la Fe”, que era una reflexión sobre el paso de la “información” al “conocimiento” y del conocimiento a la “sabiduría”; “Crear para Entender” –que era un resumen del Catecismo de la Iglesia Católica – y alguno que otro artículo en diarios y revistas.

Cuando estuve en Talca, me ayudó como secretaria, en sus ratos libres, una joven alumna del Colegio de la Santa Cruz, Astrid Mundigo. Nos avenimos muy bien. Cuando llegué a Santiago, 30 años después, a San Francisco, Astrid vino a verme –ahora, casada con hijos y nietos – y me ofreció volver a ser mi secretaria. Yo acepté feliz y con ella sigo hasta ahora, desde hace 20 años. Ella ha dactilografiado todos mis libros, ha escrito miles de cartas y hasta se ha hecho cargo de publicar este Currículo. A ella le debo, en gran parte, el poder seguir trabajando, a la edad que tengo.

4.- También me integré en actividades del mundo laico. Participé asiduamente en las reuniones del Grupo Cien, promovidas por Hernán Edwards, que organizaba seminarios en universidades, en municipalidades, otras veces en su casa en Santiago, o en su casa en Zapallar. Fui nombrado miembro honorario de la Academia de Medicina, me incorporé con un trabajo sobre “El Reencantamiento de la Medicina” y participo regularmente –hasta el día de hoy – en su reunión mensual y en varias oportunidades desarrollé algún tema. Participé en muchas actividades del gremio médico a través del país. Soy también miembro de la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina, por haber enseñado esa asignatura durante varios años. También fui nombrado miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y me incorporé con un trabajo sobre “La generación católica chilena del año 30”. Participaba, invitado por el Rector,

en muchas actividades de la Universidad de Chile y especialmente de su Facultad de Medicina. Participaba en “foros”, sobre temas de bioética o de relación de la medicina –o de la religión- con la cultura. Mas tarde fui nombrado miembro de Paz Ciudadana en la que he participado regularmente. Participé también en la ONG “Religiones del Mundo para la Paz”, por la que fui una vez a Princeton, en USA y dos veces a África – Nairobi, Kenia- a reuniones con representantes de todas las religiones del mundo. Y muchas otras cosas que ya no recuerdo.

Una vez al mes, me reúno todavía con un grupo de antiguas dirigentes de la AJCF, con quienes, hace cincuenta años, formamos una “comunidad” que sigue todavía. Olga Maturana es la incansable organizadora de estos encuentros. La mayoría de los que participan llevan medio siglo reuniéndose, fieles a la AJCF de su juventud. Y una o dos veces al año, en “Reencuentro” me junto con antiguas dirigentes de la JOC y de los Institutos de Educación Rural de Rafael Larraín. Y, más a menudo, con las dirigentes, antiguas o actuales, de ANECAP y del Hogar de la Empleada.

5.- La vida en el Convento fue para mí muy grata. Había un clima fraternal, sencillo. Di retiros en varias oportunidades a la Orden Tercera Franciscana Femenina, en Punta de Tralca, con asistencia de varios centenares de hermanas terceras. También tuve oportunidad de viajar varias veces fuera del país, -gozando en todas partes de la fraternidad franciscana- por distintos motivos, pero siempre con agrado y casi como una necesidad para mantenerme al día en los temas que trataba en mis libros o en las charlas que tuve oportunidad de dar.

Guardo un recuerdo muy agradecido a cada uno de los religiosos con los cuales viví pero especialmente a los que fueron mis superiores

provinciales, el Padre Rigoberto Iturriaga y el Padre Raúl Allimant. El Padre Raúl ha sido para mí un compañero de viaje insuperable.

6.- Llegué a juntar –a lo largo de mi vida- una biblioteca de varios miles de libros, desde Sagrada Escritura y Teología, hasta sociología e historia, reflexionando sobre el cambio cultural de nuestro siglo y sobre el diálogo entre la fe y el agnosticismo en el mundo de hoy. Hasta que llegó el día en que las Hermanitas de los Pobres me pidieron que fuera a verlas a su casa de San Pablo, que yo no conocía, y me invitaron, con mucha insistencia, a que me fuera a vivir en su Hogar de Ancianos. Me mostraron el departamento que me tenían reservado, me dijeron que nadie lo ocuparía hasta que no llegara yo, que tomara mi tiempo pero que... no las dejara esperar demasiado. Pensando que ya me acercaba a los 90, que en cualquier momento podía convertirme en un estorbo para los padres franciscanos, acepté su invitación. Sentía dejar mi convento, a los 88 años de edad, pero siempre me ha gustado el cambio: lo nuevo me atrae. Me vine y estoy feliz.

10.- RESIDENTE EN LAS HERMANITAS DE LOS POBRES

2003 - ...

1.- Me costó mucho la mudanza, la más radical de las muchas por las que he pasado en mi vida. Tuve que deshacerme de varios miles de libros, regalándolos a diez o más instituciones diferentes, poniéndolos en cajones de cartón pesados y de difícil manejo y consiguiendo, a veces difícilmente, que vinieran a buscarlos en camioneta para llevárselos. Tuve que revisar miles de papeles, de apuntes, acumulados durante toda una vida y deshacerme de muchos de ellos. Tuve que repartir centenares de objetos que se van juntando a lo largo de la vida, regalos que le hacen, embelecocos etc. hasta que llegó el día en que pude trasladarme a mi nuevo domicilio con los muebles estrictamente necesarios y con unos pocos libros, especialmente de Sagrada Escritura, de liturgia y de historia, y con los papeles que me parecían mas importantes; pero debo decir que me sentí feliz al aliviarme de tantos libros y papeles acumulados durante toda una vida pero que ya no podía manejar.

2.- En el Hogar de Ancianos empezó para mí una nueva vida. Disminuyeron las invitaciones a dar retiros o charlas. Pero me siguieron visitando en mi nuevo domicilio personas y familias con quienes he compartido a lo largo de mi vida y no solamente de Santiago, también de Talca, de Temuco y de La Serena, que vienen a verme, que me piden que los vaya a ver, a quienes trato a veces de ayudar y eso ocupa una buena parte de mi tiempo. El teléfono suena todo el día, como para recordarme que todavía estoy vivo y que aun puedo servir para algo. Y, antes de dormir, la atención del “Buzón de Voz”, me toma largo rato.

Seguí leyendo, estudiando y escribiendo; de ahí salieron tres libros más: “33 Años del Episcopado Chileno”, con un boceto de cada uno de los

70 obispos con los cuales yo había trabajado durante 33 años en la Conferencia Episcopal; “Ser Moderno o Tener Fe”, una reflexión sobre las relaciones entre el mundo católico y el mundo laico en Chile hoy. “Una Familia Chilena en París”, libro de recuerdos sobre mi padre y mi madre y los 20 años que ellos vivieron en París y sobre sus ascendientes y sus descendientes, destinado a las 150 personas que constituyen hoy día la descendencia de ellos, mi familia en el sentido amplio de la palabra.

También he dedicado parte de mi tiempo a la atención religiosa del Hogar en que vivo, a prestar servicios cuando y donde me piden, a cumplir compromisos a lo largo de Chile y también he seguido viajando ocasionalmente al extranjero, a veces invitado por parientes o amigos. Celebré 90 años de edad, 60 años de sacerdocio, 50 años de episcopado, lo que fue para mí la ocasión de un examen de conciencia y de agradecer a Dios por todo lo que he recibido de El.

Mi hermana y algunos sobrinos me invitan a que me vaya a vivir con ellos. Pero, a esta altura de la vida, le cuesta a un religioso cambiar de vida y cambiar de ambiente y de estilo, y creo que me quedaré aquí hasta mi muerte. He pedido que me sepulten en la Iglesia de San Francisco, revestido del hábito franciscano, protegido por el Santo que ha iluminado mi vida.

PUBLICACIONES

1.- Antes de entrar al Seminario

“Posiciones de la nueva Generación Católica”. Revista Estudios 59-1937

“El Umbral Eléctrico de Fibrilación Ventricular durante la Oclusión Coronaria Aguda Experimental”. 1940.

“Fibrilación Ventricular”, en “Revista de Medicina y Alimentación”, IV, 4-5, 1940.

2.- Como sacerdote.

“Educación al amor”, 1955, 1965, 1981,1983

“La Adolescente” , 1956, 1964, 1968

“La Empleada de Casa Particular”, 1950

“La Acción Social del Patrón con los Inquilinos”, 1951

“María Cruz Vial”, 1952

3.- Como Obispo, en Talca, Temuco y La Serena

“Manual del Misionero Seglar”, 1963

“ Catecismo en 10 lecciones”, (con Monseñor Enrique Alvear), 1963

“Año de la Reconciliación”, 1974

“Penitencia y Reconciliación, 1983

“La Comunidad Eclesial de Base y sus ministros”,

“Pastoral Litúrgica”

“El Seguimiento de Cristo”

1. La Fe – “La Iniciación Cristiana” 1985

2. La Caridad – “La Construcción del Reino”, 1987

3. La Esperanza – “El Misterio Pascual”, 1991

“Mes de María”, en colaboración, 1966

“El Concilio Vaticano II”, ¿Qué fue? ¿Qué hizo?, 1966

“Mes de María”, en colaboración, 1967

“Chile Hoy - Exposición de hechos, sugerencias apostólicas”, 1967

“24 Temas para el Mes de María y Reuniones de Comunidades Cristianas”, 1973

“La Iglesia en Chile Hoy” (con Fernando Montes, SJ), 1977

“Devocionario Mariano y Mes de María”, 1981

“Devocionario Mariano y Mes de María”, 1982

“El Catecismo de María”, 1987, 2000, 2002

4.- Como Miembro, Secretario General o Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile.

“Evangelio y Paz”, 1975

“La Conducta Humana”, 1978

“La Iglesia, ¿Qué es? ¿Qué hace?”, 1979

“Vamos hacia la civilización del Amor”, 1980

“25 Años de Cáritas-Chile”, 1981.

“Evangelio, Ética y Política”, 1984

“La Acción Política y Social del Cristiano”, 1987

“Evangelio, Economía y Sociedad”, 1988

“Certeza, Coherencia y Confianza”, 1989

“Gabriela Mistral, testigo de Cristo”, 1989, 1990, 2003. (con motivo de su Centenario)

Ver también “Documentos de la Conferencia Episcopal de Chile”.

5.- Como Obispo Emérito

“El Reencantamiento de la Vida”, 1993

“Creer para entender y entender para creer”, 1995 y 2001

“La Oferta de la Fe”, 2000, 2002

“¿Ser Moderno o tener Fe?”, 2006

“33 Años del Episcopado Chileno: 1958 a 1990 – Bocetos”, 2006

“Historia de una Familia”, 2009

“Currículum”, 2009

6.- Prólogos

“Evangelizar Hoy”, de Beltrán Villegas SS.CC, 1974

“Cantemos al Señor”, 1974

“La Renovación Parroquial”, Cerplan, 1980

“¿Qué queremos, mamá?”, de Alvaro Barros, 1984 – 1989 – 1996

“Una vida de Esperanza”, de Sergio Cerna, SVD, 1985

“Manual de Planificación Pastoral”, de Miguel Cabellos, 1986

“Historia Sagrada”, de Miguel Jordá, 1987 y ss

“A veranear, Cristo te espera”, de Pedro de la Noi, 1989

“Paz de Jóvenes”, de Winston Elphick, 1990

“SIDA”, de Viviana Benz y otros, 1992, 1993

“Gualliguaica”, de Viviana Benz, 1997

“Abuela, háblame de Dios”, de Isabel Edwards, 1998

“El Camello Blanco”, de Carlos Gray, 1999

“La Iglesia dialoga con la Sinagoga”, de Juan Guillermo Prado, 2000

“La Iglesia dialoga con el Islam”, de Juan Guillermo Prado, 2002

“1978 – 2003 – Homenaje a SS Juan Pablo II”, 2003

“Recorriendo el sendero de un hombre bueno”, de Ivor Alcalde, 2003

“Pensionari: Una Reforma per Sopravvivere”, de José Piñera, 2004

“EL Rector de los Milagros”, Don Carlos Casanueva Opazo, de Pilar Hevia, 2004

“El Concilio Vaticano II y las Intervenciones del Cardenal Silva Henríquez”, de Luis Antonio Díaz H., 2007

“Ensayo de un Ensayo”, de Isabel Edwards, 2007

7.- Entrevistas

por Ernst Stürmer, en Allewelt, 1977 (Austria)

Mi experiencia de Jesucristo, en Testimonio, 1980

por Raquel Correa, en Servicio, 104, 1986

por María Eugenia Oyarzún, en Servicio 104, 1987

por Cecilia Eyzaguirre y Luis Alberto Ganderats, en Paula 1987

por Marta Blanco, en Entrevistas, 1988

por Bernardo Donoso, en Su Palabra, 1990

por Margarita Serrano, en Personas del Mundo, 1990

por Hernán Dinamarca, en Bolero de Almas, 1996

por Rafael Gumucio, en Fibra, 2007

por Raquel Correa, en Sábado, 2010

8.- Contribución a libros colectivos

Varios capítulos en: “Sacrificio mío y Vuestro”, (con Roberto Bolton), 1956

“Chile 1971 y la Catequesis”, en “Una catequesis para una nueva cultura”, con José Manuel Estepa, presbítero, 1971

Artículos varios en “Documentos del Episcopado de Chile 1970 – 1973”, y tomos siguientes.

“La Iglesia y el Futuro”, en “Chile 2000”, 1983

Malú Sierra, en “El cielo está mas cerca”, 1986

“Individualismo, colectivismo y corporativismo”, en El Cooperativismo en la Mira.

Discursos con ocasión de la visita del Papa a Chile, en “EL Amor es más Fuerte”, 1987

“Parroquia, Cultura y Sociedad”, en 3ª Semana Pastoral de Santiago, 1992

“La polémica acerca del SIDA”, en “SIDA”, de Viviana Benz, 1992 – 1993

“Un Provocador”, en “Veritatis Splendor”, Universidad Gabriela Mistral 1994,

“Ética, Sociedad y Profesión, en el mensaje evangélico”, en Universidad de La Serena, volumen 1, 1996 – 2005

“La Etica y la Tecnología”, en Centros de Estudios Aeronáuticos y del Espacio, Fuerza Aérea de Chile, 1998

“Autoridad y Gobierno en la Iglesia hoy”, en SISOC – BELLARMINO, 2000

“¿Cómo ser serenense, chileno y ciudadano del mundo y seguir siendo uno mismo?”, en Universidad de La Serena, volumen 2, 2000 – 2003

“El sentido del dolor en la creación”, en Encuentro Interreligioso de Reflexión y oración sobre el sentido del sufrimiento humano, 2002

Intervención en “Humanidad y Fe”, homenaje a Monseñor Carlos González C., 2004

Intervención, en “Cumbre de Líderes para el desarrollo regional”, Coquimbo 2006

“El Cardenal Raúl Silva Henríquez, como Obispo y Presidente de la Conferencia de Chile”, en “Il Cardinale Raúl Silva Henríquez”, LAS, Roma, 2007

“Algunos fundamentos y principios de acción universitaria”, obra colectiva de H. Croxatto, R. Kreps, J. Lavados, H. Maturana, P. Piñera, R. Reich, I. Saavedra, Juan de Dios Vial C., Juan de Dios Vial L., H. von Baer.

“La nueva evangelización: necesidad y condiciones”, en DECOS – CELAM

“Una Teología Bíblica de la Creación”, en “La Tragedia del Bosque Chileno”, de Defensores del Bosque Chileno

9.- Artículos de Revistas

“Los fundamentos del plan pastoral del Episcopado Chileno”,
Teología y Vida 1, 1964

Plan Pastoral del Episcopado Chileno, en Pro Mundi Vita, 1964

“Introducción a Marcusse”, Stilo 7, 1971

“Asís, una ciudad, un hombre, un grito”, Revista Universitaria 60,
1993

“La Iglesia Chilena en el siglo XXI”, Mensaje 519, 2003

“Nuestra Iglesia necesita un cambio de rostro” – Servicio 260, 2004

“Homilía en la Vigilia de la Canonización del Padre Hurtado en
Roma”, Servicio 270, 2005

“Recuerdos de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de
Puebla”. Testimonio 216, 2006

HISTORIA

“El Chile católico colonial, a prueba de los siglos XIX y XX” –
Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile, 19, 2001

“Presencia de una Generación”, Revista Chilena de Historia y
Geografía 160, 2001 – 2002

MEDICINA

“El Reencantamiento de la Medicina”, Revista Médica de Chile, 120,
1992

“El cuidado del enfermo terminal”, Revista Médica de Chile 125.12,
1997

“El médico y la muerte”, Revista Médica de Chile, 127.6, 1999

“El médico y la muerte”, ARS Médica, 2.2. 2000

“La medicina entre dos “sets de valores”: La ética de la Biblia y las éticas de origen humano”. Revista Médica de Chile 135.6, 2007

“Gabriela Mistral, testigo de Cristo”. Educación médica UC 10.92

“El Reencantamiento de la Medicina”. Educación médica UC 10.92